

EL TRÍO DE LA DAMA NEGRA



Capítulo 5

NAUFRAGIO

(2ª parte)

Noté por primera vez que a los pies de Lupin había una extraña maletita de cuero. Y que mi nuevo amigo no parecía sufrir mucho por su herida.

—¿Qué, qué tal es? —inquirió Lupin mirándonos primero a Sherlock y luego a mí.

—¡Fabulosa! —respondió Sherlock—. ¡Parece de verdad!

Quise rozar la cicatriz de Lupin, pero él se apartó de un salto.

—¡Ah, no! ¡No se toca!

Sherlock cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Caray! No comprendía qué te había pasado.

Lupin fingió que se tambaleaba, se rio de nuevo y puso la misma mueca infernal que le había visto poco antes.

—¿Y los dientes? ¿No son perfectos? Has picado, ¿eh?

Se metió un dedo en la boca, infló y desinfló los carrillos y, con un ruido sordo, se quitó la dentadura postiza.

— Et voilà! —dijo.

—¿Te importaría explicarme qué es todo esto? —pregunté mientras recuperaba poco a poco la calma.



Sherlock y Lupin se sentaron en la arena con las piernas cruzadas, junto a la maleta de cuero. Lupin la cerró a medias para enseñarme la insignia de latón de la tapa.

—¿No te he dicho a qué se dedica mi padre? Es acróbata, funámbulo...

Volvió a abrir la maleta.

—Y esta es su maleta de los disfraces.

Me acerqué con cautela, casi recelosa. En la maleta había máscaras, pelucas, estrambóticas dentaduras, narices postizas, pinceles y tarros de cola. Un verdadero arsenal de bigotes y barbas falsas, coletas, polvos y pintalabios.

—¿Y podemos usarlos? —pregunté fascinada.

Dejé caer al suelo mi bolsita con pan, mostaza y arenques.

—De ninguna manera —contestó Lupin cogiendo una larga peluca negra de pelo auténtico—. ¿Quién empieza?

Pasamos toda la tarde disfrazándonos y personificando a los héroes y las heroínas de los pocos pasajes de obras teatrales que sabíamos de memoria. Sherlock demostró ser un actor nato: cambiaba completamente de cara con solo unos toques de pincel y un par de bigotes, y su voz se transformaba de acuerdo con su aspecto. Podía ser, indiferentemente, el rey Lear o Enrique V, el judío Shylock o un soldado siciliano. Lupin era más elegante en sus movimientos y eso, por contraste, lo hacía perfecto para interpretar papeles salvajes. Se movía con ímpetu, de una manera dramática y armoniosa a la vez. Con la peluca y color blanco alrededor de los ojos, podía parecer un mono; con un pañuelo de través en la cabeza, perfectamente redonda, era un pirata; la barba hacía que se convirtiera en náufrago; el polvo de arcilla y la brillantina, en príncipe del desierto. En cuanto a mí, me sentí tan a gusto con el maquillaje escénico, las joyas falsas y las pelucas, que en determinado momento empecé a cantar. Canté porque en mi cabeza estaba interpretando un papel, pero canté de verdad, con mi voz, como si estuviese en una representación de Rigoletto o La Traviata .

Sherlock y Lupin participaban en la escena conmigo —Lupin tumbado en el suelo con Sherlock condenándolo a muerte con una espada de madera—, pero cuando empecé a cantar dejaron de jugar de golpe. Me di cuenta, pero terminé el aria que había empezado. Al acabar, en la playa se hizo el silencio, solo roto por el chapoteo de las olas.

—Hazlo otra vez —me dijo Sherlock en voz baja.

—¿Qué haga qué, perdona? —le pregunté.

—Tiene razón —intervino Lupin—. Hazlo otra vez, ¡canta!

Me puse colorada. Totalmente, sin poderlo remediar. Me quité la peluca y balbucí:

—No, chicos, yo...

—Hazlo otra vez —repitió Sherlock apoyándose en la espada de madera. Me miraba con una intensidad casi hiriente, como si me lo estuviese ordenando.

—Yo... —quise escurrir el bulto—. Ni siquiera sabría qué cantar... No...

—Tienes una voz preciosa —dijo Lupin. Sherlock no me quitaba los ojos de encima.

—¡Dejadlo ya, chicos! ¡Me estáis avergonzando!

Él lo comprendió. Comprendió que no estaba bromeando y que me desasosegaba que me miraran de aquella manera. Así que meneó la cabeza y rompió la extraña atmósfera que se había creado en aquella playa.

Ayudé a Lupin a levantarse, y luego empezamos de nuevo a interpretar y a ponernos los disfraces, pero no fue lo mismo.

Nos servimos pan y arenques. Lupin los limpió con un fascinante cuchillito de hoja afiladísima, fabricado, nos contó, por un amigo de su padre. Nunca se separaba de él. El amigo de su padre, al cabo de pocos años, fundaría la célebre cuchillería Opinel y haría fortuna, una fortuna que continúa en la actualidad.



Dejamos morir la tarde y, cuando el sol empezó a dorar el horizonte, emprendimos la vuelta a casa.

Decidimos ir por la playa, descalzos. Las gaviotas brincaban delante de nosotros, molestas, y las olas eran largas y regulares.

—¿Has recibido lecciones de canto? —me preguntó al rato Lupin.

—Han intentado dárme las, sí —admití mirando el mar. Sabía cantar desde que era muy pequeña, pero me gustaba tenerlo en secreto. Era una satisfacción que me costaba compartir con los demás—. Pero no creo que los latosos profesores de canto estén hechos para mí —añadí.

Era cierto. Odiaba las clases que mi madre me había obligado a tomar. Todos aquellos maestros afectados, con el pañuelo sobresaliendo del bolsillo de la chaqueta negra, los dedos flojos sobre el piano, que repetían durante horas «¡Do! ¡Do! ¡Do mayor! ¡Do mayor!», tratando de que hiciera gorgoritos antinaturales.

—Pues haces mal —siguió diciendo Lupin—. ¡Nunca había oído cantar así a nadie!

—¡Venga ya! —repliqué.

—¡Es verdad! ¡Díselo tú, William!

Sherlock, como siempre, caminaba unos pasos por delante de nosotros. Levantó una mano y dijo:

—Se nota que eres indisciplinada.

—¿Qué? ¿Indisciplinada? —repliqué.

Él me miró por encima del hombro. Casi habíamos llegado a la ciudad. Se veían los dos islotes frente al promontorio, coronados por gaviotas.

—Si no fueses indisciplinada, ¿por qué ibas a odiar algo útil como las lecciones de canto?

—¡Las odio porque son terriblemente aburridas! —repliqué.

—Precisamente. Es lo que he dicho.

—¡Mira quién fue a hablar!

Sherlock se detuvo entonces. Buscó la complicidad de Lupin y la obtuvo sin ningún esfuerzo.

—¡Menudo carácter! Si te felicitamos porque cantas bien, pides que nos callemos. Y al revés, si te decimos que cantas regular porque no tomas lecciones, ¡te enfadas!

Lupin rio, pero yo no. Mientras Sherlock hablaba, había visto algo a su espalda, detrás de una cresta de rocas que ocultaba la pequeña franja de arena de una cala. Parecía un grueso bulto que el mar había traído a la orilla.



El chillido de una gaviota me puso la piel de gallina y me percaté de que no había oído ni una palabra de lo que Sherlock y Lupin me estaban diciendo.

—Perdonad... —murmuré apoyándome primero en el hombro de Lupin y agarrándole luego el brazo a Sherlock.

Señalé aquel extraño bulto de la orilla.

—¿Qué es... eso?

Ambos volvieron la cabeza. Delante de nosotros, la playa se erizaba de rocas que subían hacia el promontorio. Se veían luego la muralla del barrio viejo, las torres y campanarios de la ciudad, y largas nubes aplanadas que desaparecían hacia el interior.

—Por mil rayos... —murmuró Sherlock envarándose de repente.

— Mon Dieu! —exclamó por su parte Lupin al tiempo que echaba a correr por la playa.

Era un naufrago.

Actividades

Responde estas preguntas en la libreta de lengua o descárgalas en un documento de word:

 **¿De quién era la maleta? ¿Qué tenía dentro?**

 **¿A qué estuvieron jugando los tres amigos toda la mañana?**

 **¿Qué comieron?**

 ¿Qué era lo que Irene sabía hacer tan bien? ¿Le gustaba a ella? ¿Por qué? Explícalo

Para corregir envíamelo a mestrademate@gmail.com